

BEÑA, CRISTÓBAL DE (1777-¿1833?)

LA LIRA DE LA LIBERTAD

ÍNDICE:

La marcha española
El grito de guerra
El voto de la Patria
Gerona
La voz del patriota en Extremadura
La jornada de Arroyo-Molinos
La batalla de Salamanca, o el 22 de julio de 1812
Aniversario de la jornada de Arroyo-Molinos.
Madrid libre
La constitución española
El heroísmo
La libertad
Prólogo a la tragedia Roma libre
El anti Napoleón
Soneto
Soneto

Por el vano deseo de lucir ni la ambición de una gloria, que no cree merecer, han movido al Autor de estos versos a reimprimirlos en un volumen: el odio con que mira la tiranía, el puro placer de inmortalizarle, si es posible, y el juzgar que estas composiciones reunidas son un monumento erigido por sus débiles fuerzas a la Independencia de su Patria, le han obligado a ello; y se reputará por muy feliz, si alguna vez exclamaren sus conciudadanos al leerlas: ¡He aquí el tono de la Libertad!

LA MARCHA ESPAÑOLA

HIMNO

Arma velit, poscatque simul, rapiatque juvenus.
VIRGILIUS.

VOZ

A las armas corred, españoles,

de la gloria la Aurora brilló:
la nación de los viles esclavos
sus banderas sangrientas alzó.
¿No escucháis en los campos vecinos
los infames franceses bramar?
¿No los veis con frenética furia
los hogares del pobre arrasar?

CORO

*Los fuertes aceros,
patricios guerreros,
al punto empuñad:
marchad, sí, marchad.
Resuene el tambor,
veloces marchemos,
y la sangre Española vengamos
derramada con ciego furor.*

No temáis, españoles briosos,
no temáis a esa pérfida grey:
hoy adoran a un déspota infame
y ayer dieron la muerte a su Rey.
Preguntadles a ver si responden
¿dónde fue su alabado valor?
¿por qué sufren el mísero yugo?
¿por qué viven sin patria y honor?

Los fuertes aceros, &c.

Ese corso tirano, su jefe,
que con cetro de hierro feroz
a los pueblos abrumba orgulloso,
que obedecen gimiendo su voz;
de rabiosa ambición devorado
duros grillos nos quiso poner:
con ardides pensaba rendirnos,
con las armas jamás pudo ser.
Los fuertes aceros, &c.

Asaltados nos vimos al punto
de perfidias y horrenda traición,
y por poco se mira en prisiones
de la España el dormido León;
mas rugió despertando, y sañudo
sacudió la terrífica crin,
y su garra tremenda hoy esgrime,

do hallará Bonaparte su fin.

Los fuertes aceros, &e.

Las cadenas de bronce quebrando,
que a sus cuellos ponía el infiel,
nuestros Padres ciñeron su frente
de coronas de honroso laurel;
y hoy los fuertes que libren la Patria
de las manos del vil opresor,
al laurel de sus padres marchito
con sus triunfos darán esplendor.

Los fuertes aceros, &c.

Recordemos, amigos, la gloria
que logramos un tiempo ganar:
nuestro brazo la Europa temía,
nuestro brazo enfrenaba la mar.
Hijos somos de aquellos valientes,
cuyos hechos el orbe admiró,
cuyo esfuerzo la América y Flandes
y la Italia y la Francia domó.

Los fuertes aceros, &c.

Esa tropa de fieros bandidos
sólo puede al cobarde oprimir;
desparece veloz a la vista
de quien sabe vencer o morir.
Los indignos, con oro comprados,
van sirviendo a la odiosa maldad;
nuestras armas en tanto dirige
la adorada feliz Libertad.

Los fuertes aceros, &c.

Si el francés con ficciones villanas
nuestro Rey consiguió cautivar,
no por eso consienta soberbio,
que podrá su inocencia burlar.
La virtud le cubrió con su escudo;
la Justicia su espada sacó,
de Fernando defiende la vida,
y del Corso la ruina juró.

CORO

*Los fuertes aceros,
patricios guerreros,
al punto empuñad:
marchad, sí, marchad.*

*Resuene el tambor,
veloces marchemos,
y la sangre española vengamos
derramada con ciego furor.*

EL GRITO DE GUERRA

CANCIÓN

YA marte sañudo
desnuda el acero,
fulmínale fiero,
revuélvele atroz;
y el cóncavo escudo
furioso golpea,
llamando a pelea
con lúgubre voz.

La escucha doliente
la tímida esposa;
la madre llorosa
la escucha también;
mas alza su frente
la Patria abatida,
las mira afligida,
tranquilas se ven.

El joven, oyendo
la trompa funesta,
las armas apresta,
que nunca llevó:
las viste riendo,
ni teme la muerte,
que ledo a la suerte
su vida fió.

Tú, Patria, la pides;

tú, Patria, le ordenas
quebrar tus cadenas,
morir o vencer;
y presto a mil lides
se arroja brioso,
jurando animoso
tu yugo romper.

Ni el débil anciano
las armas rehúsa,
ni da por excusa
vejez u dolor:
con trémula mano
la espada rodea,
su brazo flaquea,
mas no su valor.

Tus campos se cubren
de huestes ¡oh España!
la pérfida saña
te quiere talar;
mas ya se descubren
los ínclitos hechos,
los brazos y pechos,
que te han de salvar.

Del alto Pirene
la cumbre nivosa,
tu gente fogosa
mirando a sus pies,
las furias enfrene
del fiero Tirano,
y esfuércese en vano
con rabia el francés.

Del galo altanero
la cólera necia
quien no la desprecia,
la debe sufrir.
Perezca el guerrero,
que no repitiere:
¡Maldito el que huyere!
¡Vencer o morir!

Y siempre en campaña
por grito de guerra

darase el que aterra
la impía maldad:
que griten, España,
tus hijos entonces
al son de los bronces
sin fin: ¡Libertad!

EL VOTO DE LA PATRIA

CANCIÓN

Ferte citi ferrum, date tela.
VIRGILIUS.

MIS hijos amados,
mi bien, mi esperanza,
que guerra y venganza
juráis al francés;
corred esforzados,
volad aguerridos,
que aún llevo oprimidos
con grillos los pies.

Perezca el Tirano,
perezca la gente,
que quiere insolente
mis fueros hollar.
El yugo inhumano,
que el fiero os ponía
su cuello algun día
le debe llevar.

Retumben los bronces,
las trompas resuenen;
sus ecos os llenen
de ardiente valor.
Vengadme, y entonces,
mis hijos queridos,
de lauro ceñidos
gozad de mi amor.

Entonces gozosos
cercados de gloria,
tras dulce victoria

la paz disfrutad;
mas antes briosos
romped mi cadena:
que llegue hasta el Sena
la voz ¡Libertad!

Que tiemble en su trono,
que tiemble el Tirano;
que de él vuestra mano
le arroje por fin;
que en torpe abandono
ninguno se mire;
que solo respire
venganza el clarín.

Que al joven Fernando
consuele su acento,
sus alas el viento
batiendo veloz;
que, el son escuchando,
la Europa se inflame;
que ¡muera el infame!
pregone a una voz.

Entonces la tierra
por él desolada
la paz deseada
con gozo verá;
mas caiga en la guerra
su ejército roto,
y entonces mi voto
cumplido será.

Gerona

HIMNO

Furor iraque mentem
praecipitant, pulchrumque mori succurrit in armis.
VIRGILIUS.

CORO

Digamos de Gerona,

*digamos el loor;
de espléndida corona
bien digno es su valor.*

VOZ

Con afrenta los vándalos fieros,
la muralla caída rodean,
mas los bravos que en ella pelean
un momento no dejan la lid.

Exhalando los ayes postreros
¡libertad! ¡libertad! apellidan,
y al esclavo francés intimidan,
que se encuentra do quier con un Cid.

Digamos &c.

Por sus calles la pálida muerte
con el hambre rabiosa vagaba,
y el infante inocente mamaba
negra sangre mezclada con hiel:

de sus héroes el ánimo fuerte
no por eso vacila, mas antes
en sus pechos de acero constantes
ve la Patria seguro broquel.

Digamos &c.

Ocho veces la cándida Luna
renovó de su faz los albores,
cada vez contra riesgos mayores
ocho veces los vio combatir;

y envidiosa los vio la fortuna
su poder arrostrar atrevidos,
y los vio de su rueda caídos
y su esfuerzo no pudo rendir.

Digamos &c.

Asombrada la pérfida gente
solo escombros al fin señorea;
por la yerma ciudad se pasea,
y aún el miedo embaraza sus pies,

que en las ruinas ocultan la frente
mil y mil patriotas guerreros,
que juraron audaces y fieros
acabar con el nombre francés.

Digamos &c.

Ya previene la bárbara diestra,
ya previene cien hórridos lazos,
que sujeten los ínclitos brazos
al capricho del déspota vil.

Ya, burlada, su cólera muestra,
ya descarga feroz la cuchilla,
ya Gerona la indómita brilla
con la sangre de mártires mil.

Digamos &c.

Su energía cubriola de gloria,
dando susto sin fin al tirano,
que pensó esclavizarla y en vano,
porque esclava jamás la verá.

Su tesón es señal de victoria;
nunca, nunca su ejemplo olvidemos:
si cual ella constancia tenemos
el impío burlado será.

CORO

*Digamos de Gerona,
digamos el loor:
de espléndida corona
bien digno es su valor.*

LA VOZ DEL PATRIOTA EN EXTREMADURA

CANCIÓN

Corred a la gloria,
tomad los aceros;
volad, ¡oh guerreros
de antiguo solar!

Mirad la victoria
con lauros lucientes
las ínclitas frentes
feliz coronar.

Mirad de su tumba
cual ya se levantan,
y al vándalo espantan
Pizarro y Cortés:

¿No veis cual derrumba
su lanza gloriosa
la tropa orgullosa
del loco francés?

En pos de su sombra
corred sin tardanza,
y a par de la lanza
tomad el fusil.

Ya el galo se asombra
de ver tal desnudo;
ya tiembla de miedo
su mano servil.

Será Extremadura,
será cual la roca,
que inmóvil provoca
la furia del mar;

será sepultura,
do caiga sin vida
la gente atrevida
que os quiso burlar.

Venid, extremeños,
salvemos a España,
venciendo la saña
del fiero opresor:

seamos los dueños
del rayo en la guerra,
y pasmo a la tierra,
y al galo pavor.

LA JORNADA DE ARROYO-MOLINOS

HIMNO

«Tendí,» gritó el impío
«tendí los fuertes brazos,
y toca el cetro mío
de un mar al otro mar.

¿Quién de mis duros lazos,
quien de mi justa saña
podrá, oprimida España,
tus hijos libertar?»

Oyole Extremadura,
y viole congojosa
sembrar con mano impura
la muerte y el horror;

y al cielo alzó llorosa
los casi yertos ojos,
de míseros despojos
cercada en su dolor.

Mas como oculto fuego
se muestra de repente,
que fuerza humana luego
no puede contener;

tras su rogar ardiente,
desnudas las espadas,
cien huestes denodadas
se vieron parecer.

Cien huestes, sí, que fueron
allá en Albín un día,
que ansiosos recibieron
los hijos de Cortés,

y ¡No mas tiranía!
¡No más! todas clamaron,
y raudas se lanzaron
al pérfido francés.

El sueño del descuido
dormías, orgulloso,
cuando estalló a tu oído
el trueno del cañón:

cual lobo temeroso,
si oyó ladrar los perros,
por sierras y por cerros
huiste del bretón.

Allí su honor vengando,
lavando allí su afrenta,
de Iberia el corto bando,
mas lleno de valor,

los vándalos ahuyenta,
persíguelos brioso,
ni al brazo da reposo,
ni cabo a su furor.

Fulminan los aceros
por una y otra parte,
fortísimos guerreros,
los hijos de Fingal;

ni ya de Bonaparte
las célebres legiones,
los fieros escuadrones
sufrieron choque igual.

Y rotos y vencidos
miráronse al momento
los bravos, que temidos
el Elba undoso vio:

que bien cual humo al viento,
cual sombra en la mañana,
tal su arrogancia vana
allí desapareció.

MEMORIA DEL DOS DE MAYO

CANCIÓN

Tum vero manifesta fides, Danaumque patescunt
insidiae..... ¿Quis funera fando
explicet, aut possit lacrymis aquare furorem?
VIRGILIUS.

CORO

*¿Quién reprime su enojo y su llanto,
recordando aquel fúnebre día,
que la noche con cárdeno manto
empapado de sangre cubrió;
cuando Mantua sus hijos veía
oponer a la bárbara gente
la desnuda, la impávida frente,
que al tirano del orbe arredró?*

VOZ

Cien falanges de acero cubiertas,
avezadas al pérfido alago,
no creyeron que frágiles puertas
abrigasen valor sin igual;

y sedientas de ruina y estrago
de su rostro la máscara tiran,
y las calles frenéticas giran
esgrimiendo el oculto puñal.

¿Quién reprime, &c.

Mas el pueblo la trompa guerrera
y el fusil, impertérrito escucha,
que sus pechos en súbita hoguera
encendió la feliz libertad.

Donde quiera se traba una lucha;
ni dan ayes las vírgenes vanos;
todas arman las cándidas manos,
todas gritan ¡Valientes, matad!

¿Quién reprime, &c.

Yace allí el opresor oprimido;
allí el joven intrépido yace,
que de plomo raudísimo herido
libre pudo y vengado morir:

muere, sí; y en su muerte se place,
cuando mira que al vándalo fiero
ni le salva su cota de acero,
ni sus artes le pueden servir.

¿Quién reprime, &c.

Se redoblan los golpes y heridas;
más y más el estrépito crece,
y allá dejan las ínclitas vidas
los que en oro su nombre tendrán;

el tronar del cañón ensordece,
y arde el aire con rápido fuego,
y los bronce, aún cálidos, luego
nuevas muertes de sí lanzarán.

¿Quién reprime, &c.

Todo es sangre y horrores y muerte,
todo es armas y bélico estruendo,
que al cobarde, al inválido, al fuerte
armas puso en la mano el furor.

¿Mas cuál ruido percíbese horrendo
tras dolosa pacífica calma?
¿Qué gemido tristísimo el alma
va cubriendo de yerto pavor?

¿Quién reprime, &c.

¡Ellos son! ¡Ellos son! ya murieron
desarmada la intrépida diestra;
ellos ¡ay! los que indómitos dieron
alto ejemplo de ilustre tesón.

La victoria es, oh mártires, vuestra;
que oyó el hecho, y atónita España
se aprestó con magnánima saña,
y arboló de venganza el pendón.
¿Quién reprime, &c.

De su sangre con largo tributo
desde entonces el vándalo paga
llantos, muertes y huérfano luto,
que aquel día miraba Madrid.

Ni una vez encendido se apaga
el volcán de esta cólera justa,
y si a esclavos un déspota asusta
teme a un pueblo que corre a la lid.

*¿Quién reprime su enojo y su llanto,
recordando aquel fúnebre día,
que la noche con cárdeno manto
empapado de sangre cubrió?*

LA BATALLA DE SALAMANCA, O EL 22 DE JULIO DE 1812

HIMNO

Minaces
turpe solum tetigere mento.
HORATIUS

CORO

*Con lauro triunfante
ciñamos la frente
del anglo valiente,
pavor al francés;
España le cante
cien himnos de gloria:
su paz, su victoria
de Wellington es.*

VOZ

¿Adónde su vuelo
dirigen perdidas?...
¿De quién mal heridas
las águilas van?
Del hijo del cielo,
del héroe britano;
que ardiendo en su mano
mil rayos están.

Con lauro, &c.

Feroz, orgulloso,

decía el aleve:
¿qué fuerza se atreve
mi fuerza a rendir?
Y al Tormes undoso
lanzándose fiero,
vio roto su acero
aun antes de herir.
Con lauro, &c.

Cual cedro elevado,
que allá en la montaña
no teme la saña
del rudo aquilón;
así sosegado
del ímpetu necio
con noble desprecio
burlose el bretón.

Con lauro, &c.

Tronando los bronces
venganza respiran,
venganzas inspiran
la trompa y clarín:
los galos entonces
sin fin se enfurecen,
y en furia perecen,
muriendo sin fin.

Con lauro, &c.

Cobardes huyeron
caballos, peones,
que de otras naciones
se vieron terror,
y el campo tiñeron
de sangre traidora,
que inútil ahora
les fue su valor.

Con lauro, &c.

Librarse no pudo
ni el débil, ni el fuerte,
que a todos la muerte,
buscaba en la lid;

y roto su escudo,
y en sangre cubierto
perdido el acierto
va el mismo adalid.

Con lauro, &c.

Gozosa Castilla
se ve sin cadenas,
y olvida sus penas,
y esfuerza su voz:
su voz en que brilla
el hecho esforzado
del que ha destrozado
su yugo feroz.

CORO

*Con lauro triunfante
ciñamos la frente
del anglo valiente
pavor al francés;
España le cante
cien himnos de gloria:
su paz, su victoria
de Wellington es.*

ANIVERSARIO DE LA JORNADA DE ARROYO-MOLINOS.

HIMNO

CORO

Recuerda, oh memoria,
recuerda aquel día,
que grata victoria
Guadiana gozó;

Guadiana, que vía
turbar su corriente
con sangre inocente,
que el galo vertió.

VOZ

Girard orgulloso
los campos talaba,
do en tiempo dichoso
naciera Cortés,
y fiero guiaba
la bárbara tropa,
que es odio en Europa
del nombre francés.

Recuerda, &c.

El fiel extremeño
resístele osado,
y cede y su empeño
es vano por fin;
mas presto a su lado,
la espada esgrimiendo
se ven combatiendo,
los fuertes de Albín.

Recuerda, &c.

Los hijos briosos
de tanto valiente,
que en ecos gloriosos
el bardo canto;
del galo insolente
terror y castigo,
salud al amigo,
que de ellos fió.

Recuerda, &c.

Las huestes hispanas
rehacen y alientan,
las haces tiranas
sorprenden allí,
y audaces ahuyentan
al galo altanero,
que ya nada fiero
ni aun cuida de sí.

Recuerda, &c.

Con sangre traidora

los campos regaron,
que fértiles hora
por ella se ven;
y el nombre ilustraron
de Arroyo-Molinos
por hechos tan dinos
igual a Bailén.

CORO

Recuerda, oh memoria,
recuerda aquel día,
que grata victoria
Guadiana gozó;
Guadiana, que vía
turbar su corriente
con sangre inocente,
que el gallo vertió.

MADRID LIBRE

ODA

Manibus date lilia plenis.
VIRGILIUS.

¿Cuándo más bien que en tan felice día
debes pulsar la cítara sonora,
Musa de libertad y de alegría?
Que atónita la gente
los ecos oiga del divino canto
de el lecho de la aurora,
hasta do el carro ardiente
el rubio padre de la luz encierra,
luego que tiende su estrellado manto
la oscura noche sobre la ancha tierra.

Allá en su trono alzándose el impío,
cercado de orfandad, y llanto y duelo,
temblad, necios, gritó, mi poderío:
y la servil cadena
cruje y estalla el látigo afrentoso,
y enrojecido el suelo
de sangre en larga vena

la triste Mantua entre congojas mira,
y maldiciendo el yugo ponderoso,
hierros arrastra y libertad respira.

El pueblo, que de espléndida victoria
dio la señal, corriendo a la venganza,
que nunca olvida la común memoria,
solo, inerme, yacía
entregado al escarnio y a la afrenta;
mas plácida esperanza
en medio su agonía
tal vez rayaba en los valientes pechos,
que así el piloto desdichado alienta,
por más que ve los mástiles deshechos.

Allí ejercía su poder insano
bajo el dosel de maldición eterna
una sombra de rey, fantasma vano,
que en duro cautiverio,
fingiendo amor, al pueblo esclavizaba;
y la ambición fraterna
juntando al vituperio,
sin temer la inconstancia de la suerte,
con labios impurísimos dictaba
leyes de asolación, leyes de muerte.

Pero tronó en su indignación el cielo:
y cual áridas hojas, que levanta
furioso el Aquilón del seco suelo,
y en rauda remolino
llévalas por la esfera revolando,
y a los ojos que espanta
las roba el torbellino:
tal de su vista para siempre huyeron
el rey mentido y el infame bando,
que su cuchilla y sus verdugos fueron.

Huyeron, sí; que el rayo de la guerra
hirió de pronto la orgullosa frente
del que pensaba domeñar la tierra:
Dios desde el alto asiento
de sus iras la lanza vengadora
dio a Wellington valiente,
y rotas al momento
buscan donde esconderse, pero en vano,
las huestes que la Iberia vio en mal hora

rasgar su pecho con sangrienta mano.

Así tal vez el arduo Mongibelo
súbito arroja de su negra cumbre,
revuelto en humo que oscurece el cielo
abrasador torrente,
que derroca y arrastra enfurecido
troncos, piedras, techumbre,
y la mísera gente
corre a salvar de su furor la vida,
y si aún oye el horrísono bramido
se estremece creyéndose perdida.

¡Madrid! ¡Madrid! Quebrada es tu cadena,
y en tus plazas, no ha mucho silenciosas,
el dulce canto de victoria suena.
¿Quién te arrancó a la muerte?
Teje, oh musa, guirlanda inmarchitable
de lauros y de rosas
al héroe, al hombre fuerte,
que la soberbia del francés humilla,
y, tornándola en polvo deleznable,
salva los hijos de la fiel Castilla.

Y tú, Madrid, cuando te fuere dado
levantar el trofeo esclarecido,
que recuerde aquel día no olvidado,
de Wellington el nombre
sobre Daoiz y Velarde escribe:
que si a estos has debido
tesón que al galo asombre,
debes a aquel mirarte sin coyunda,
y por él la energía en ti revive,
que al tirano otra vez y mil confunda.

LA CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA

ODA

Nihil maius generatur.
HORATIUS.

Lanzando muertes con sangrienta mano,
y enfureciendo la cuadriga fiera,

las huestes del tirano
frenético Mavorte acaudillaba,
y su veloz carrera
negra desolación iba siguiendo;
vialo el español y no temblaba,
mas antes animoso,
del antiguo valor alarde haciendo,
corrió a parar su carro estrepitoso.

Y como suele, cuando en ancha calle
rueda del monte rápido torrente
que arrasa el verde valle,
tranquilo el olmo en medio la llanura
erguir la altiva frente;
así los hijos de la fuerte España,
cuando sumiso adoración impura
el orbe le ofrecía,
supieron arrostrar la ardiente saña
del que Señor de Iberia se creía.

Libres nacimos, dicen; y al momento
del fértil llano y la enriscada sierra,
del alma paz asiento,
brotar se vieron súbito soldados
apellidando ¡libertad! y ¡guerra!
y ¡guerra! y ¡libertad! do quier se escucha,
y conviértense en armas los cayados,
y da la reja espadas,
y a desigual y memorable lucha
se arrojan en hileras apiñadas.

Dioles Mengíbar ínclita corona,
cuando el orgullo de Dupont rindieron;
escollo era Gerona,
que del francés detuvo la arrogancia,
después que asombro fueron
la ilustre Mantua y la ciudad de Augusto,
que oscurece la gloria de Numancia;
y el águila altanera
rotos más de una vez miró con susto
su corvo pico y garra carnífera.

Mas ¡ay! de la alta roca, que solía
burlar al huracán embravecido,
no con tanta porfía
socaban los hondísimos cimientos

las olas en su embate repetido:
como el error y la molicie, osados,
con la luz fatigosa mal contentos,
sordamente minaban
los altares, que en sangre salpicados
al patriotismo y la virtud se alzaban.

Nació el desorden, que a la intriga escuda,
y ella, artera, con sórdido aparato,
de la virtud desnuda
triumfos abominables conseguía:
perdió en su torpe trato
la justicia el rigor, y en su balanza
en peso al fraude el mérito cedía,
mientras que los perjuros
fieros blandían la ominosa lanza,
rompiendo huestes, y allanando muros.

¿«Sera tal vez», gritaban los valientes,
«será que el opresor ponga inhumano
su yugo al nuestras frentes?
Si la ley no dirige nuestros hechos
todo tesón es vano:
sea la ley y su poder defienda
del ciudadano libre los derechos.»
Y el cielo los oía,
y al ver la nobilísima contienda
a sus deseos plácido reía.

Luego, cual tras la noche borrascosa,
que al mísero batel aleja el puerto,
de nácares y rosa
ceñida el alba, entre celajes rojos
le muestra el rumbo cierto,
tras largo afán el Código sagrado
parece al fin a sus llorosos ojos,
y viole el pueblo mudo
bajo el cañón del invasor dictado,
de libertad impenetrable escudo.

De entonces el francés despavorido
siente embotarse el filo a sus aceros,
y acá y allá es vencido;
y los gigantes bronce abandona
a Gades nunca fieros;
y de la fuga su esperanza pende;

cuando con gozo el español corona
aquel libro anhelado,
que a los hombres iguala y que defiende
del rico al pobre, al justo del malvado.

Cántale, Musa, tú, con voz divina,
que a tal grandeza mi humildad no alcanza.
Canta cual se avecina
el tiempo en que a la horrísona tormenta
suceda la bonanza;
y como, el cetro de oro manejando
la dulce paz, que en libertad alienta,
los ponzoñosos males
huirán del suelo, do estará saltando
la abundancia en riquísimos raudales.

Cuando a su hijo decir podrá el guerrero:
«Si en el alto Pirene alzado un muro
de diamante y acero
fuera pavor al déspota sangriento,
no apoyo más seguro
de la española libertad sería
que esta Constitución, fiel monumento
de virtudes y gloria,
que hombres a un tiempo y ciudadanos cría,
y hoy para siempre entrego a tu memoria.»

EL HEROÍSMO

ODA

Si fractus illabatur orbis,
impavidum ferient ruinae.
HORATIUS.

Musa, que de los ínclitos varones
diste a Osián divino
el ensalzar las bélicas acciones
en canto peregrino,
que acompañaba con su voz sonora
de oro y marfil el harpa encantadora;

da poder celestial hoy a mi acento,
que a los astros levante

sobre las alas rápidas del viento
el ánimo constante,
del que es honor de la escocesa gente
y émulo digno de Fingal valiente.

En su sangre dos veces ya teñido
iba Downie el osado
tras el francés por su valor vencido,
y de uno y otro lado
la muerte y el terror le acompañaba
y atónita Sevilla le miraba;

cuando al bajar la plácida victoria
del azulado cielo
a coronarle con laurel de gloria,
llegó con rauda vuelo
ardiente, férreo globo, despedido
de hueco bronce en hórrido estampido,

que el magnánimo rostro traspasara
con espantosa herida
y del fuerte bridón le derribara
en súbita caída;
y ya los enemigos orgullosos
tras la presa corrían afanosos.

De su carro de nubes entretanto
Fingal que lo veía,
con el celeste impenetrable manto
al héroe le cubría,
que, apoyándose al pomo de la espada,
sostenía la vida desmayada.

«Hijo,» le dice «si a la cruda suerte
rendirse hoy es forzoso,
también el cielo de inmadura muerte
te libra generoso:
poco serás te juro prisionero,
yo en tanto guardare tu noble acero.»

«Sea,» Downie responde; mas mirando
que no lejos estaba
de sus valientes el guerrero bando,
hacia ellos señalaba
y a Fingal sonriendo le decía:
«¿Quién mejor guardará la espada mía?»

Y superior entonces a sí mismo
así el acero lanza
en prueba de su esfuerzo y heroísmo,
que los suyos alcanza,
y entre prisiones queda y no suspira
porque la fuerte espada libre mira.

LA LIBERTAD

Prólogo a la tragedia Roma libre

Pueblo español, cuyo poder un día
será otra vez terror al universo,
yo soy la Libertad, que a los mortales
dio por su bien, cuando le plugo el cielo.

Con la lanza, costosa al africano,
yo misma armé la diestra a tus guerreros,
que, atados a la barbara coyunda,
romper su infamia y su opresión quisieron;
yo sus nunca domados corazones
cerqué tres veces de bruñido acero,
y díles el vencer y que su nombre
de valor y virtud fuese modelo;
yo escuché tus gemidos, yo tu llanto
estéril vi correr, oh digno pueblo,
cuando en lazo servil el despotismo
pudo ligar tu generoso esfuerzo;
mas vi también tras de la inercia torpe
cual sacudiste los pesados hierros,
y arrostrando la fuerza y la perfidia
con voto ardiente me llamaste luego;
y fui contigo, y la pequeña hueste
llevé al combate, y de laurel eterno,
con sangre de opresores salpicado,
ciñó su frente indómito el guerrero.

Tus ciudades, tus montes y tus valles
con ala rapidísima corriendo,
blandí la antorcha del valor y al punto
tu te inflamaste en su divino fuego:
ni hubo ya resistir, que derrotadas
por donde quiera sin pensar se vieron

las pérfidas falanges, que el tirano
lanzó en su mal a tu fecundo suelo;
y mientras él frenético y furioso
sueña que extiende sobre ti su cetro,
tú, magnánimo pueblo, tú, recibes,
tronar sus bronces sin pavor oyendo,
leyes justas, y santas, y durables;
leyes escudo firme a los derechos,
que yo te vuelvo a dar, yo que amorosa
tu ruina aparto y en tu suerte velo.

Y deseando que tu vista ocupen
aquellos pocos, mas sublimes hechos,
que inspira mi deidad a los humanos,
si admito grata su ferviente ruego,
ante tus ojos de la antigua Roma
daré que nazca el esplendor primero,
cuando tras un baldón, nunca sufrido,
juró ser libre y quebrantó sus hierros.

La escena que presido encantadora
va a sacar del no ser por un momento
a la ciudad, después reina del mundo,
dulce morada para mí otro tiempo.

Veras aquí abatida la insolencia
de los nobles procaces y altaneros,
y un rey en su grandeza envanecido,
que del vasallo se gozó en el duelo
veras también del trono derrocado.
Escucharás el santo juramento
del intrépido Bruto, cuando mira
de la hermosa Lucrecia el frío cuerpo,
manchado feamente con la sangre,
que ella misma sacó del casto pecho;
y eterna execración a los tiranos
jurar con él al asombrado pueblo
también escucharas, y en bases nuevas
alzarse miraras gobierno nuevo,
que torna en aguerridos ciudadanos
los que antes eran del ultraje siervos.

Al pueblo, soberano de sí mismo,
verasle intervenir en el congreso,
que formó por su bien, y allí explicando
su libre voluntad con libre acento.

Sabias leyes verás obedecidas,
que al senador igualan y al plebeyo;
verás en fin a un padre desdichado,
verás a Bruto, al bienhechor del Pueblo,
que entrega a la segur de los lictores
de sus débiles hijos los dos cuellos.

Seducidos los míseros, que en Roma
volviese a entrar Tarquino consintieron,
olvidando a su patria; mas perecen,
y ella se salva, y con tesón austero
el fuerte Bruto de virtud gloriosa
da en su heroico dolor ilustre ejemplo,
y su nombre y constancia esclarecidos
serán durables a la par del tiempo.

Tal fue, españoles, el origen alto
de la grandeza del Latino Imperio,
y tras la esclavitud más oprobiosa
tiene principio igual el poder vuestro.

Si entonces el romano enardecido
sobre el cadáver de Lucrecia yerto
juró venganza y muerte a los tiranos,
muerte y venganza con igual esfuerzo
jurasteis animosos por la sangre
de Daoiz, Velarde y otros ciento,
víctimas generosas de la patria,
que no existiera si viviesen ellos.

Vosotros sin temer el poderío
del monstruo a quien el orbe viene estrecho,
como al feroz Tarquino los romanos
guerra, exterminación, rencor eterno
le jurasteis también y a sus ministros
cual a Mamilio visteis con desprecio.

Después vuestro augustísimo Senado,
cual pudo ser en la ciudad de Remo,
estableció la santa independencia
sobre inmutables sólidos cimientos:
sonó su voz, temblaron los malvados,
y estremeciose el déspota en su asiento
y la superstición y el fanatismo
del solio infame despeñados fueron.

Si por desgracia hubiere entre vosotros
traidores hijos, que en error funesto,
cual los de Bruto, quieran que su patria
vuelva otra vez al duro cautiverio,
la espada de la ley inexorable,
la espada de la ley caiga sobre ellos:
padre era el cónsul, padre cariñoso,
mas Romano nació, y esto es primero.

Tal cuadro, tal lección, tal semejanza
jamás olvides, generoso pueblo.

Roma, cual tú, gimiera esclavizada;
cual tu quebró de tiranía el cetro;
viose, cual tu, de nuevo envilecida,
y señora del mundo viose luego.

Tú misma, España, su poder burlaste,
cuando hubo en ti, cual hoy, valientes pechos;
tú del tirano que a la Europa oprime
desvaneces los áridos proyectos:
no temas, no, que en tu defensa esgrime
la Libertad su vengador acero,
y escrito esta en los libros del Destino
que es libre la nación, que quiere serlo.

EL ANTI NAPOLEÓN

ODA

Fragmento traducido del francés.

Poco importa que el vulgo se humillase
del palacio de Sylva el poderoso
en el umbral dorado,
ni que al pasar el carro estrepitoso
de Claudio, de Calígula o de Julia
en el inmundo lodo se postrase.

Sobre el pueblo asustado
reinaron como dioses en la tierra,
y su imperio de sangre y de furores,
de asolación y guerra,

azote fue del mundo envilecido;
mas los siglos detestan su memoria,
librándolos tan sólo del olvido
la serie de sus crímenes y horrores,
con que manchó mil paginas la historia.

En vano, sí, la multitud vendida
incienso vil de adoración te ofrece;
que mi pecho más libre y generoso,
en quien nunca el temor tuvo cabida,
a un tiempo te desprecia y te aborrece.

No me verán con porte vergonzoso
la torpe servidumbre mendigando,
ni al indigno renombre de que gozas
adoraciones dando;
pues mientras gime el pueblo en las cadenas,
en que hoy de nuevo sin pensar se mira,
y a que tú para siempre le condenas,
el yugo he sacudido,
y mi alma fiel la libertad respira.

Ved, franceses, al pérfido extranjero,
ved con cual insolencia
viene a pisar nuestras sagradas leyes;
vedle de parricidas heredero
disputar al verdugo en su demencia
los miseros despojos de los reyes.

En bien aciago día
vomitaron al mar ese embustero
los muros de la infiel Alejandría.
Nuestros buques y puertos sin recato
al desertor admiten cariñosos,
dale Francia engañada asilo grato
y él da a la Francia hierros ponderosos.

Cuando en la embriaguez de tu dominio
marca pálidas frentes abatidas,
con el sello de oprobio y exterminio
el frenesí de tu ambición deshecho,
¿alguna vez no sueñas, que en tu pecho
abre el puñal de un Bruto cien heridas?

Ya veo levantarse la venganza,
que tu poder derriba de su solio,

y deshace el encanto de tu suerte:
del alto Capitolio
no dista mucho la Tarpeya roca;
el fúnebre ciprés nuncio de muerte
a la palma de Arcole vese unido,
y el trono más subido
los negros bordes del abismo toca.

A tu orgullo feroz sonrío en vano
por un solo momento
la fortuna traidora;
que al morir un tirano,
cual humo leve desvanece el viento
de su poder la magia encantadora.

Al pie de tu ataúd, quizá sangriento,
la rígida verdad irá sentada;
el tiempo venidero, juez sañudo,
evocará tu gloria mancillada,
disipando engañosas ilusiones;
y el aire esparcirá tu polvo inmundo,
y tu nombre odiarán cuantas naciones,
cuanto respira en el extenso mundo.

SONETO

Improvisado al ver por la primera vez una moneda de plata con el busto de José Napoleón

De las Españas y las Indias rey
se apellida en su busto el baladrón,
por llamarse no más Napoleón,
y mandar de asesinos una grey;

mas quiebra de verdad la eterna ley
dandose tal dictado fanfarrón,
pues no le pertenece ni un terrón
de los que arando rompe el tardo buey.

Poco importa que un pérfido cincel
una en su escudo el águila imperial
con los leones que se burlan de él,

si puesta toda en armas, por su mal,
la fuerte España borraré con hiel

de unión tan execrable aun la señal.

SONETO

Para servir de Epitafio en la sepultura del General inglés Crawford, muerto gloriosamente al asaltar la Plaza de Ciudad Rodrigo.

Mortal, que pisas la dichosa tierra,
donde yacen de Crawford los despojos,
al tiempo que pasó torna los ojos,
verás los hechos que su tumba encierra.

Cuando en España la espantosa guerra
vistió de luto sus pendones rojos,
y un fiero usurpador troco en abrojos
la mies dorada de su opima tierra;

Crawford, ansioso de eternal memoria,
supo vengarla, hasta que en lid reñida
la misma brecha que trepó con gloria

le vio caer con una y otra herida,
que dio al inglés la palma de victoria
y al castellano libertad y vida.